

hombres, incluso algunos indios de la tribu de los Choctaws. Llegado al punto de su destino el 6 de noviembre, envió inmediatamente un parlamentario al gobernador español Manrique, pero como la guarnición rompió el fuego inmediatamente, aquel se vió precisado á volver en el acto. El general Jackson acampó durante la noche á poca distancia del fuerte, y viendo luego que este se hallaba defendido por soldados ingleses y españoles resolvió destruirlo. Al amanecer del día siguiente, y después de simular un ataque á fin de que no conociesen los españoles por qué punto se pensaba asaltar la plaza, tres mil hombres avanzaron en tres columnas á lo largo de la playa para evitar el fuego del fuerte; aproximáronse á la ciudad, dejando atrás la artillería, y la columna del centro, adelantando resueltamente, penetró en la calle principal y se apoderó al momento á la bayoneta de una batería de dos cañones. Poco después, el gobernador entregó la ciudad y el fuerte sin condiciones: los ingleses, según dice Jackson en su carta oficial, abandonaron también un fuerte que había en Barancas, pueblo situado á siete millas de Pensacola, del cual se apoderó al día siguiente el general americano, disponiendo luego que lo incendiaran.

Después de haber permanecido dos días en Pensacola, y convencido de que no había nada que temer entonces por aquella parte, el general Jackson devolvió la plaza á los españoles y volvió á Mobila, desde donde emprendió la marcha hácia el Oeste á fin de adoptar medidas para la defensa de Nueva-Orleans, que al parecer era el punto designado para el primer ataque de los ingleses. Esto sucedía en los primeros días de diciembre, y el comandante general entró en el desempeño de sus funciones con una resolución y energía, muy necesarias por cierto para ha-

cer frente á las críticas circunstancias en que se hallaba.

Nada podía ser más oportuno que la presencia del general, pues la indolencia de Flournoy, y el traslado de Wilkinson al norte antes de haber terminado los preparativos de defensa, dieron lugar á que la principal ciudad del Sur quedara absolutamente sin protección. En los almacenes militares faltaban las municiones y los pertrechos de guerra; no había fondos ni crédito, los bancos no pagaban en metálico; los ricos no querían esponer sus capitales; los comités de la legislatura no podían ponerse de acuerdo en sus proyectos, y por último, habíanse suspendido los negocios y dominaba la desconfianza.

Además de todo esto, los habitantes de Nueva-Orleans no parecían inclinados á tomar las armas para contener á los invasores. La mayoría de la población, compuesta de franceses, españoles, anglo-americanos y esclavos, solo se ocupaban de sus operaciones comerciales, sin más idea que adquirir riquezas para disfrutar luego de las comodidades y del lujo, y fácilmente se comprenderá por lo tanto, que no predominaba ese espíritu patriótico tan necesario para combatir al enemigo. Como si esto no fuese bastante, la indolencia y la cobardía eran cualidades características de la mayor parte de aquellos habitantes, que dejándose guiar por los consejos de unos y otros tomaban parte á veces en proyectos de traición. En Nueva-Orleans había emisarios extranjeros, así como también personas que enteramente opuestas al Gobierno, aconsejaban que no se hiciese resistencia al enemigo, y no contentas con esto, á ser cierto lo que nos dicen los biógrafos de Jackson, comunicaban á los temidos invasores cuantas noticias podían serles de alguna utilidad. Añádase á esto que la

salud de Jackson estaba muy quebrantada, que la ciudad carecía de fortificaciones, que los almacenes militares estaban vacíos, que las tropas no habían llegado aun, y podrá formarse una idea de lo peligroso y difícil que era defender á Nueva-Orleans.

Antes de salir de Mobila, Jackson encargó al gobernador Claiborne que cerrase lo mejor posible las comunicaciones entre el Mississippi y los lagos Borgne y Ponchartrain, y acto continuo espidió una proclama intimando á los habitantes de color que se organizaran y armaran para atender á la defensa de la ciudad. Al llegar á Nueva-Orleans, **1814.** dispuso Jackson que por conducto del gobernador se obligara á cierto número de esclavos, únicos trabajadores que podían resistir el clima, á trabajar en las obras de fortificación, y poco á poco se fué acostumbrando á los habitantes de la ciudad á la idea de resistir al enemigo, aun cuando no lo hicieran con tanto celo como era de desear. Con el fin de aumentar sus fuerzas hasta el número que calculaba necesario para la defensa de la ciudad, Jackson aceptó los servicios de los piratas de Barataria, de quien ya hemos hablado, y así mismo consiguió que Lafayette le enviara una considerable cantidad de pedernales á fin de utilizar los muchos mosquetes que tenía en su poder.

No es necesario entrar aquí en pormenores acerca de los muchos medios de defensa con que la naturaleza ha rodeado á Nueva-Orleans para rechazar un ataque por mar. Su especial posición, la dificultad de navegar su gran río, las estensas lagunas que allí se encuentran, con sus ensenadas y canales, los pantanos pestilentes, y los accidentes del terreno, eran otros tantos obstáculos que dificultaban el ataque del enemigo, proporcionando á Jackson numerosos medios de defensa. Además de esto, fortificáronse las

orillas del Mississippi á fin de impedir que se acercaran los buques enemigos; levantóse una batería en Rigolets, paso que conduce desde el lago Borgne al Ponchartrain; y establecióse otra con una fuerte guarnición en San Juan, y en la bahía de San Luis, situada al Noroeste á sesenta millas de Nueva-Orleans, donde se estacionó una flotilla compuesta de cinco cañoneras, una goleta y una corbeta.

En medio de estos preparativos para hacer frente al enemigo, se recibió en 9 de diciembre la noticia de que la escuadra británica, compuesta de treinta y cinco ó cuarenta buques, se había presentado en Ship Island cerca de la bahía de San Luis. El jefe de la flotilla americana, teniente Jones, vió á los dos días aumentarse de tal modo las fuerzas enemigas, que creyó prudente retirarse á fin de oponerse á la entrada del enemigo por el lago Ponchartrain. El día 12, la goleta *Sirena*, que estaba en la bahía de San Luis cargada de víveres, fué **1814.** destruida para que no cayera en poder del enemigo; y el 14, las cañoneras se vieron atacadas cerca de Malheureux Pass (Paso Desgraciado) por cuarenta barcos menores tripulados por unos mil hombres, y después de una sangrienta lucha, cayeron en poder de los ingleses, que las destruyeron en el acto. Solo quedaban ya dos buques para disputar el paso á los invasores; la *Louisiana*, de diez y seis cañones, que había sido comprada con su armamento y todo en los últimos instantes, y la *Carolina*, de catorce, capitán Patterson, que era el principal marino de aquel puerto.

La victoria alcanzada por el enemigo al destruir las cañoneras, fué muy ventajosa para nuestros compatriotas, pues al momento se tomaron todas las disposiciones necesarias para la defensa con la mayor actividad

y energía; espidiéronse manifiestos que indujeron á los bravos á correr á las armas; hizose una leva de voluntarios, y el gobernador se puso con toda su milicia á las órdenes de Jackson. Además de esto, levantáronse nuevas fortificaciones; el general parecía multiplicarse, y se trabajó en fin con tanto celo, que hasta se consiguió que los tiradores de Tennessee y Kentucky, aquellos bravos de indomable valor en el combate, ofreciesen su cooperacion para rechazar á los invasores del pais.

Cuando llegó á la ciudad la noticia de la destruccion de las cañoneras, cundió la alarma, y como ya quedaba espedito el paso para el enemigo, hubo muchos que se mostraron dispuestos á contemporizar, y hasta propusieron que no se hiciese resistencia á

los veteranos de la península que se acercaban con tan numerosas fuerzas. Andrés Jackson, sin embargo, no estaba dispuesto á ceder en semejante crisis: viendo que la legislatura no tomaba disposiciones ni hacia nada, y creyendo necesario obrar con energía para defender la ciudad, hizo publicar en 16 de diciembre la ley marcial en Nueva-Orleans y todo su distrito, cuya medida, segun dice Ingersoll, gran admirador de Jackson, produjo el mejor efecto. Todos los valerosos patriotas se alistaron inmediatamente bajo la bandera de Jackson; la Louisiana entera se convirtió en un vasto campamento donde predominaba el espíritu guerrero; el genio y firmeza de un solo hombre, desterró absurdas preocupaciones, y en aquella poblacion, donde solo se contaba con elementos heterogéneos, opuestos entre sí, y donde habia hasta tendencias traidoras, organizóse un ejército que debia rechazar á los temibles invasores.

Fácil es comprender que un hombre como el general Jackson no pondria el estado de

sitio por mera formalidad. Las disensiones con la legislatura iban adquiriendo un carácter grave, pues no se podia hacer entender á los miembros que en aquella ocasion en que el enemigo se iba acercando cada vez mas á la ciudad, de nada podia servir la elocuencia parlamentaria, y de mucho los medios con que contaba Jackson. Habiéndose insistido mucho para que el general manifestase al Senado cuáles eran sus planes, Jackson declaró que se cortaria una mano si creyera que nadie habia adivinado sus intenciones, añadiendo luego con cierta aspereza: *¡Yo os aseguro que tendreis una sesion acalorada si me haceis salir de mis lineas para ir á la ciudad!* Por disposicion del general hiciéronse visitas domiciliarias á fin de buscar cuantas armas hubiese y pudieran utilizarse para la defensa de la ciudad; todos los hombres capaces de llevarlas tuvieron que alistarse desde luego, y se prohibió la salida de la ciudad despues de las nueve de la noche sin un permiso especial. Todas estas medidas y otras mas insoportables parecieron despóticas; pero debe recordarse que la ley marcial comprende todas las condiciones que quiere imponer el que la proclama para alcanzar su objeto, y el general Jackson, considerándose el único responsable, creia que el resultado escusaria la adopcion de medidas tan severas.

El 23 de diciembre, llegaron muy oportunamente á Nueva-Orleans los generales Coffee y Carroll con cuatro mil hombres de tropas de Tennessee y Kentucky, y acto continuo se enviaron destacamentos de estas fuerzas á diversos puntos de la ciudad. En el mismo dia, la primera division de las tropas inglesas, al mando del general Keane, efectuó un desembarco cerca del brazo del Mississippi, y se puso inmediatamente en marcha con direccion á la ciudad. Parte de esta divi-

sion consiguió apoderarse de una avanzada que se hallaba en Bienvenu, y de este modo pudo continuar adelante sin el menor impedimento; á la caída de la tarde, los ingleses sorprendieron tambien un puesto avanzado, pero un jóven pudo escaparse, y fué el primero que anunció en Nueva-Orleans la llegada del enemigo que se hallaba ya solo á seis ó siete millas de distancia.

Los escritores ingleses han discutido sobre si no hubiera sido fácil á la primera division apoderarse de la ciudad atacándola desde luego, pues el *prestigio* de sus victorias en la península podria suplir la falta de soldados. De todos modos, ello es que el general Keane, en vez de aventurar semejante empresa hizo alto á un tiro de pistola del rio sin tratar de ocultarse, y las tropas formaron sus armas en pabellones, estableciendo en aquel sitio su campamento. Las partidas que salieron á reconocer el camino, volvieron con la noticia de que no se veia un solo enemigo, y los forrajeadores tomaron en las casas de las cercanías cuanto les hizo falta sin dificultad alguna, lo cual causó la mayor satisfaccion á oficiales y soldados.

A eso de las siete y media de la noche se interrumpió por primera vez la alegría que reinaba en el campamento de los ingleses: los soldados acababan de avivar el fuego de las hogueras, haciendo sus preparativos para pasar la noche tan cómodamente como lo permitian las circunstancias, cuando se observó que un buque de grandes dimensiones anclaba cerca de la opuesta orilla y recogia sus velas con mucha lentitud. Al principio, creyeron los ingleses que seria alguno de sus buques; mas habiendo dado el quién vive, no obtuvieron contestacion ni tampoco despues de haber disparado algunos tiros de mosquete. Por último, habiéndose aproximado el buque, disparó una andanada, y poco des-

pues una nutrida descarga de fusilería anunció á los ingleses que el enemigo les atacaba.

No pudiendo la division británica contestar al fuego del buque americano, trató de buscar un refugio para resguardarse de las balas y de la metralla, pero en medio de la oscuridad de la noche, viéronse de pronto atacados por otro punto, y una descarga de mosquetería les hizo cenocer que el enemigo atacaba tambien por la parte de tierra. Esto era que el general Coffee caia con sus tropas sobre la retaguardia británica, en tanto que el general Jackson atacaba de frente y por el flanco izquierdo. Los americanos cargaron con tal impetuosidad, que el enemigo quedó sorprendido, y aunque se formó en un momento apagando en el acto las hogueras, hubo muchos muertos y heridos antes que se restableciera el orden. Una densa niebla, y la equivocacion de uno de los oficiales americanos, fué causa de que se introdujera alguna confusion en las filas y al ver esto el general Jackson reunió sus tropas y estableció su campamento en el mismo punto donde se hallaba. A las cuatro de la mañana del dia siguiente fué á tomar posicion á dos millas de la ciudad, cerca de un pantano contiguo al Mississippi, en cuyo sitio era mas fácil la defensa. En el ataque de aquella noche perdió el general Keane unos trescientos hombres entre muertos y heridos, y doscientos los americanos.

A la mañana siguiente llegaron refuerzos de los buques, pero no hubo lucha en todo el dia 24, aun cuando las fuerzas de Louisiana se habian unido con las de la Carolina, amenazando á los invasores con un ataque. Antes de acabarse el dia, habian llegado ya todos los ingleses al campo de batalla, y como ya se empezaba á temer á los americanos, la primera medida del general Keane fué alejar sus tropas de la orilla del rio á fin de que no

estuviesen espuestas á un ataque como el de la noche anterior. Al dia siguiente llegaron los jefes de la espedicion, Sir Eduardo Pakenham y el general Gibbs, y habiéndose hecho cargo de la situacion, permitieron que las tropas, protegidas por el fuego de los buques, celebrasen lo mejor posible la Navidad, pues era llegado el 25 de diciembre; pero durante la noche, se levantó frente á la *Carolina* una batería de nueve piezas de campaña con tres morteros, y al amanecer del 27 comenzó á jugar la artillería contra el buque americano, el cual quedó á poco destruido por haberse declarado el incendio á **1814.** bordo. Acto continuo fué atacada la *Louisiana*, pero despues de sostener un nutrido fuego, pudo escapar remontando el rio, de modo que el camino para avanzar sobre Nueva-Orleans quedó completamente espedito, y en su consecuencia se transportaron á tierra todas las municiones, artillería y demás efectos de campaña necesarios para el gran ataque.

Ya se comprenderá que el general Jackson no permanecia entre tanto ocioso; durante algunos dias, y sin consagrar apenas una hora al sueño, ni permitir que durmiera ninguno de los que estaban á su lado hasta terminar las obras defensivas, se ocupó asiduamente en levantar alrededor de Nueva-Orleans una empalizada de unas dos millas de longitud, donde hizo colocar una infinidad de balas de algodon y sacos de arena, disponiendo al mismo tiempo que se llenara el foso completamente de agua. Por la parte del rio, la *Louisiana* podria proteger el flanco derecho; y una obra avanzada que habia en la orilla opuesta, y donde se colocaron veinte cañones, hacia mucho mas fuerte la posicion.

El 28 de diciembre, avanzó el general Pakenham con la intencion de obligar á los

americanos á salir de sus atrincheramientos, y comenzó el ataque arrojando una porcion de bombas y granadas, mas al cabo de siete horas, hubieron de retirarse los ingleses. El dia primero del año se hizo una segunda tentativa; pero aun cuando se habian montado con el mayor sigilo nuevas baterias con cañones de grueso calibre, haciendo todos los preparativos necesarios para un sitio en toda regla, y si bien es cierto que al romperse el fuego con treinta piezas de artillería, se produjo alguna confusion entre los americanos, el segundo ataque se rechazó con tan buen éxito como el primero. Nuestras tropas tuvieron unas cincuenta bajas, pero la pérdida de los ingleses fué mucho mas considerable.

Viendo que no se obtenia buen resultado con estos ataques, el almirante Cochrane propuso que se emplease el mayor número de hombres posible en ahondar el canal que se comunicaba con el Mississippi, á fin de que los botes pudieran trasladar á la orilla opuesta las tropas necesarias y una batería; pero era tan improbo este trabajo, que no estuvo concluido hasta el 6, dia en que se adoptaron las disposiciones necesarias para dar el asalto el 8 de enero.

Entretanto el general Jackson completaba las obras de defensa en la orilla izquierda; de frente tenia un parapeto de cerca de una milla de longitud, que estendiéndose desde el rio hasta un pantano, se hallaba defendido convenientemente por tres mil hombres de infantería y un número proporcionado de artilleros; la profundidad del foso era de cinco piés, y se tuvo cuidado de inundar todo el terreno contiguo con el agua del rio, convirtiéndolo así en una especie de bache. Además de esto se situaron lo mejor posible ocho distintas baterias con doce cañones de diversos calibres, y en la parte opuesta del

rio se levantó otra de quince, encargándose la defensa de los nuevos atrincheramientos al general Morgan con alguna milicia de Louisiana y un numeroso destacamento de las tropas de Kentucky.

En la noche del 7, el general inglés ordenó al coronel Thornton que atravesara el rio con fuerzas considerables á fin de apoderarse de las obras avanzadas de los americanos, previniéndole que, conseguido esto, hiciera una señal para que al momento pudieran atacar de frente los generales Gibbs y Keane, los atrincheramientos de Jackson. Circunstancias imprevistas impidieron á Thornton llegar á la opuesta orilla hasta el amanecer, pero avanzando entonces resueltamente, consiguió su objeto; las tropas que allí habia huyeron, y aquella importante posicion cayó en poder del enemigo.

Pero Pakenham no esperó á que Thornton hiciera la señal, y temiendo perder un solo instante, dió la orden de avanzar al asalto. Apenas empezaba á romper el dia, **1815.** cuando los ingleses emprendieron la marcha con el mayor silencio, y poco despues la primera columna adelantó hácia las obras de defensa; pero nuestros compatriotas, que vigilaban atentamente, recibieron al enemigo con un nutrido fuego que le causó grandes pérdidas, pues por increíble que parezca el hecho, y ateniéndonos á lo dicho por un historiador inglés, cuando los sitiadores se hallaban en lo mas recio del combate, vieron que se les habian olvidado las faginas y las escalas, y estando ya cerca del parapeto, la columna de ataque tuvo que hacer alto, sin poder cruzar el foso ni defenderse de la lluvia de metralla que caia sobre ellos desde aquellas murallas inespugnables. Cierta es que algunos soldados, encaramándose unos sobre otros, consiguieron penetrar en las fortificaciones, pero allí se vieron

dominados por el número de sus enemigos, y aun cuando los ingleses tomaron á la bayoneta una pequeña batería, intentando luego con un desesperado esfuerzo introducirse en las fortificaciones, fueron rechazados con pérdidas enormes, mientras que los americanos recobraban su batería. Segun dice Mr. Gleig, inútil era el valor desplegado por las tropas británicas, pues recibian la muerte sin ver de dónde venia, atendido que los americanos, sin asomar apenas la cabeza por el parapeto, disparaban impunemente sus armas sobre los sitiadores. Además de esto, la batería de la orilla opuesta lanzaba un torrente de metralla sobre el enemigo, que veia caer sus hombres sin que á éstos les fuese posible dar una prueba de su valor, ni siquiera tomar la revancha (*).

No es de estrañar, por lo tanto, que la columna británica, á pesar de su bravura y arrojo, retrocediese ante el fuego horrible que diezmaba á sus hombres obligándola á dispersarse en todas direcciones. Pakenham, cuyo valor no cedia en nada al de sus compañeros, trató de reunir á los fugitivos, y agitando en el aire su sombrero llegó hasta la orilla del foso, pero fué solo para caer sin vida á los piés de sus soldados. Los generales Gibbs y Keane consiguieron que las tropas volvieran por segunda vez á la carga, mas el resultado fué aun mas fatal; no era posible resistir el fuego incesante de los americanos; las columnas que avanzaban tuvieron que retirarse de nuevo; unos cuantos pelotones

(*) Véanse las *Campañas del ejército inglés en Washington y Nueva-Orleans*, pág. 179. Los escritores ingleses condenan la táctica de Pakenham, calificándola, no de una serie de errores, pues esta palabra podria suponer que tenia conocimientos militares, sino como la prueba evidente de que ignoraba las reglas que debe tener presentes el jefe de un ejército. Ciertamente que esto es algo duro para un hombre, que como el general británico vertió su sangre y perdió la vida en su vano esfuerzo para apoderarse de Nueva-Orleans.